

quías, que heredaban los jefes de las tribus, cuya genealogía constituía el título del gobierno. El Estado no existía. Solo existía la familia, multiplicada por la tribu.

El poder que faltaba en el centro se hallaba fuertemente constituido por las costumbres en la familia. Pero, aunque fuera absoluto en el jefe de tribu, este poder participaba en su aplicación de la dulzura y del libre consentimiento habitual al poder doméstico, en el gobierno paternal. Los hermanos, los hijos, los parientes del jefe, los ancianos, los sabios, los ricos, los guerreros que se habían hecho famosos por sus hazañas, los poetas, ilustres por sus cánticos, formaban un consejo perpetuo delante de la tienda ó en la casa del rey de la tribu, donde todo se deliberaba y decidía en presencia del pueblo. Allí no había libro, ni carta, ni leyes escritas. Pero las tradiciones sagradas y las costumbres inviolables ejercían un imperio tanto más absoluto cuanto que se hallaba escrito en la memoria, en el consentimiento y en el respeto de todos. Toda violación era un sacrilegio. Cada tribu tenía por nombre el nombre de su primer antepasado.

X

Su religión era tan libre como su política. Los unos adoraban á los ángeles ó á los espíritus celestiales, intermediarios que suponían mujeres, y que ellos llamaban las hijas de Dios; los otros á la luna y las estrellas; aquellos creían que el hombre comenzaba al nacer y concluía con su último suspiro; estos pensaban que la vida humana no era más que uno de los periodos infinitos de la existencia que se renueva en otras regiones con diversas formas. Cuando moría el árabe, ataban á una estaca junto á su tumba á la más hermosa camella que tenía, y la dejaban que cayera muerta de hambre sobre el cuerpo de su amo, para que volviera á encontrar su cabalgadura habitual en el nuevo mundo, á que lo había trasportado la muerte. Se suponía que una especie de alondra del desierto que revolotea en torno de los sepulcros, lanzando gritos dolorosos, era el alma del difunto, que pedía de beber á los sobrevivientes. Representaban en piedra y madera las imágenes de los seres superiores y rendían culto á estas divinidades sordas.

Su religion primitiva estaba llena de supersticiones judías, romanas, griegas, persas, segun los pueblos con quienes habian tenido mayores relaciones. El uso de la circuncision, tomado de los hebreos, se habia introducido en todas las tribus. Consultábase el oráculo escribiendo una palabra en la madera de tres flechas sin punta, y se sacaba á tientas una de ellas de un saco en donde se habian encerrado. La palabra que tenia escrita la flecha que se cogia, se suponía ser el decreto del destino. Practicaban la esclavitud. Cada uno podia tener tantas esposas como pudiera mantener con su fortuna. El heredero recibía las viudas, como los rebaños, en el patrimonio del difunto. El incesto entre el yerno y la suegra era lícito en ciertos casos. El jefe de tienda tenia derecho de vida y muerte sobre su familia y sus esclavos. Un uso bárbaro autorizaba al padre y la madre pobres á enterrar vivas á sus hijas al nacer, á fin de evitar ó la suerte funesta que la sociedad reservaba á las mujeres, ó los ultrajes y la deshonra que una hija podría tal vez hacer recaer sobre el nombre de sus padres. Su única ocupacion era guardar sus rebaños y pelear.

La guerra, entre ellos, era, por decirlo así, individual. Una violencia acarrea un homicidio; el homicidio debía pagarse con cabezas de camellos para

compensar al ofendido, ó con otra muerte. La justicia tenia esta regla: la sangre se lava con sangre. De esta suerte la venganza era un deber sagrado. Una mujer, un esclavo, un corcel, un camello robados, una satisfaccion de sangre rehusada por una tribu á otra tribu, acarreaban guerras de diez y de cincuenta años entre los árabes.

Esta legislacion, feroz bajo tantos aspectos, no carecia sin embargo ni de humanidad, ni de virtud, ni de prudencia, ni aun de refinamiento bajo otros aspectos. Los árabes llevaban hasta la supersticion el respecto á la hospitalidad. Su mas irreconciliable enemigo hallaba un asilo, seguridad y aun proteccion, apénas tocaba la cuerda de sus tiendas ó el extremo del vestido de sus mujeres. Ellos eran bravos, generosos, heróicos. Todas las virtudes y aun la exquisita delicadeza de la caballería, que la Europa ha conocido mas tarde, existian de tiempo inmemorial en sus costumbres. Sensibles á la elocuencia, á la poesía, á la música, honraban como á semidioses á los hombres dotados de aquellos dones que les parecian sobrenaturales. Su literatura no se conservaba en ningun libro, pero se eternizaba en su memoria. Las tribus tenian entre si cierta especie de juegos olímpicos en que pugnaban por la superioridad sus oradores y poetas. En tales casos, el poema que ganaba

el premio, según el voto de la mayoría de los oyentes, era escrito y suspendido perpetuamente en los muros de la Kaaba en la Meca. Los numerosos peregrinos que llegaban anualmente admiraban su ingenio, y á su vuelta trasportaban y difundían por toda la Arabia la obra, la reputación y el nombre del poeta. Estas poesías coronadas y adoptadas por la nación se llamaban *Moallaca*. Ellas tenían reglas de composición análogas al genio del pueblo guerrero, amoroso, pastor, reglas que no debían por ningún concepto ser quebrantadas. Ellas debían comenzar por una especie de elegía lírica sobre el dolor de un amante afligido que vuelve á ver, al cruzar por el desierto, las ruinas de la habitación ó de la tienda donde fué en otro tiempo feliz con su amada; imagen aparentemente la más patética para el corazón del árabe. Ella debía contener en seguida la descripción de la camella y del corcel, los dos compañeros de viaje del nómada en la paz y en la guerra, y debiendo terminar por un espléndido paisaje como la decoración final de un drama.

Este pueblo, que vivía en perpetua sociedad con la tierra, quería verla reproducida sin cesar en su imaginación en los versos de sus poetas. La historia de los poetas, profetas profanos de los árabes, se encuentra continuamente mezclada con la historia

de la tribu y la de sus héroes, héroes y poetas ellos mismos á la vez.

Imrulcays, uno de los más aventureros, de los más grandiosos y de los más heroicos de estos bardos, tocaba casi á la época en que nació Mahoma. Ni la Grecia, ni Roma, ni las literaturas modernas poseen cosa más perfecta que los versos de ese bárbaro nómada, que combate, que ama y canta á un mismo tiempo sus amores, sus hazañas y sus infortunios. Hé aquí algunas estrofas de su *Moallaca*, de su poema suspendido, en tiempo de Mahoma, en el templo de la Meca.

« ¡Parémonos aquí, compañeros! al recuerdo de mi amada, junto á las ruinas de aquella mansión querida, asentada en otro tiempo entre estas dos colinas arenosas, en el punto en que el viento del Norte y del Mediodía, entrechocándose aquí y levantando sus torbellinos de polvo, no han podido á pesar de eso borrar todavía los últimos vestigios!

« Mis compañeros, enternecidos por mi dolor, pararán sus corceles. Recuerda tu valor, me dicen con compasión.

« ¡Ah! ¡el único consuelo para mis penas es derramar aquí mis lágrimas! ó por mejor decir, ¿de qué me servirían mis lágrimas, no pudiendo volver á poblar esta soledad ni reanimar estos despojos?

« Aquí perdí las dos jóvenes que amé en otro tiempo. Cuando se acercaban, el aire embalsamado me anunciaba su presencia, como el viento de la mañana trae á mi pecho el perfume del clavel. Separado de ellas, mis lágrimas han corrido por mi seno, y han humedecido el cinturón de mi cimitarra.

« ¡Pero cómo! ¿no he pasado días felices junto á ellas? ¡especialmente aquel día en que degollé mi propia camella para ofrecer una comida á las jóvenes! ¡entonces tuvieron el capricho infantil de repartir entre ellas la carga y los adornos de mi camella!...

« Un día, en la colina de arena, aquella que yo amaba, me rechazó con dureza y juró no oirme nunca.

« ¡O Fátima! no me abrumes con tanto rigor; ¡si te he disgustado de algún modo, separa dulcemente mi corazón del tuyo y vuélvele la libertad! »

Después viene una descripción de la belleza de su amante que no desmerece en gracia ni elevación del Cántico de los cánticos de Salomón; luego pinta así la fuerza de su pasión:

« Con frecuencia, para poner á prueba mi constancia, una noche, más tempestuosa que las olas ensoberbecidas del mar, me ha envuelto con sus tinieblas y terrores. Yo le he dicho: ¡O noche, tan lenta en tu marcha, haz que asome pronto la aurora! ¡Qué no-

che tan lenta! ¡las estrellas inmóviles parecían enclavadas en las rocas con clavos invisibles!... »

Por medio de una transición natural, el poeta hace el indispensable retrato del caballo de batalla:

« ¡Al amanecer, dice, cuando aun está el pájaro en su nido, parto yo sobre un caballo de mucha alzada, cuya velocidad en la carrera sigue la de mis impacientes pensamientos! ¡Tiene la fuerza de un peñón que se precipita de la cresta de una montaña! Su pelo parece láminas de oro. Apenas tiene sitio para fijar la silla sobre su lomo, parecido á la piedra pulimentada por una ola, que la lava sin cesar corriendo con celeridad al sol... ¡Está flaco, su fuego lo consume: cuando corre con todo su ímpetu, se oye en su carrera un ruido semejante al del agua que hierve en una caldera!... Tiene las ancas cortas de la gaza, los corvejones secos y nerviosos del avestruz; su cuerpo es ancho; su cola espesa llena todo el intervalo de sus piernas. La sangre de los animales feroces ó de los guerreros enemigos que él me ayuda á alcanzar, seca sobre su cuello, se parece al color de rosa del *henne*, que disfraza la blancura de la barba del anciano.

« Las noches las pasa ensillado y embridado, sin volver sus narices hácia los pastos. »

Después de esta descripción del caballo que hemos

abreviado, y cuyos rasgos traen á la memoria el caballo de Job, el poeta árabe cuenta uno de los fenómenos naturales mas agradables á los pastores, el de una lluvia tempestuosa en el desierto:

« La tempestad, dice él en sus tres últimas estrofas, descargando sus aguas sobre las pendientes de Chabir, hace renacer la verdura y abrirse á las flores; tal como el mercader ambulante del Yemen, cuando se para cerca de las tiendas, abre sus fardos envueltos con un lienzo oscuro y despliega en la arena mil telas de variados y pintorescos colores.

Los pájaros del valle gorjean de alegría como si se hubieran embriagado desde la aurora con gotas de un vino alegre y delicioso. ¡ Los leones de las alturas, sorprendidos, y ahogados en los barrancos que los han arrebatado por la noche, yacen tendidos á lo lejos como las débiles y viles plantas desarraigadas y esparcidas por el suelo! »

Tal era la literatura de este pueblo, igual en fuerza y en resalte á la de Grecia y Roma, superior en sencillez y naturalidad, tartamudeo á la vez salvaje y gracioso de una humanidad primitiva.

XI

Estos hombres inspirados, pastores, poetas y héroes sucesivamente, traian una vida tan poética como sus poemas. Solo citaremos un ejemplo para terminar este cuadro de costumbres, sacado de la vida de uno de ellos, el jóven Murakkich, que murió al empezar Mahoma á su mision.

Murakkich era hijo de un jefe de tribu llamado Amr. Amaba él á una prima suya de la misma tribu, llamada Esmá, hija de Auf, y la pidió por esposa á su tio. Auf le respondió: « Tú eres demasiado jóven, demasiado oscuro y demasiado pobre todavía; pero yo te prometo mi hija para cuando hayas conquistado un nombre y una fortuna. » Murakkich partió para merecerse á su prima. Recorrió las tribus, se ilustró por su valor y su ingenio: y habiéndose puesto al servicio de un rey árabe, poderoso feudatario de la Persia, adquirió en su córte rebaños, tiendas, telas, joyas, dignas de ser ofrecidas á su tio por precio de la mano de Esmá.

Pero durante su ausencia, habiendo desolado el

hambre á la tribu de Auf, este olvidó su promesa, y dió su hija en matrimonio á un rico árabe del Yemen, por cien camellas cargados de granos. El marido de Esmá la habia conducido á Nadjran, su patria.

Al volver Murakkich á su tribu, le dijeron, para no cansarle tanto su dolor, que su prima se habia muerto. La desesperacion lo puso á las puertas del sepulcro. Pero una casualidad le hizo descubrir la supercheria de Auf, el matrimonio y el lugar donde residia Esmá. Aunque moribundo, partió por volver á ver á su amada. Sus fuerzas no le permitian tenerse sobre la silla; viajaba tendido sobre su corcel, y sostenido por dos esclavos. La fatiga agravó su mal no léjos de Nadjran; sus dos esclavos, viéndolo desvanecido y creyéndolo muerto, lo metieron en una caverna de las montañas.

Abandonado de esta manera y volviendo en sí, Murakkich fué descubierto en aquel sitio por un pastor que cuidaba el ganado del marido de Esmá. «¿Te acercas tú con libertad á la mujer de tu señor, le dijo Murakkich, y tendrías ocasion de comunicarle un mensaje secreto? — No, respondió el pastor, pero veo todas las noches á una de sus esclavas que viene á ordeñar la leche de mis cabras para llevarla á su señora. — Pues bien, dijo Murak-

kich, te pido un favor que te recompensaré con prodigalidad. Toma este anillo y échalo en la leche que lleva la esclava á Esmá.

Por la noche, á la hora en que la esclava traia la copa en que bebia su señora, el pastor dejó caer en ella el anillo al tiempo que vertia la leche. Sintiendo Esmá al beber el anillo en los dientes, lo cogió con los dedos, lo examinó al resplandor del fuego, y lo reconoció por ciertos signos que habia grabado en él antes de dárselo á su primo. Ella pidió explicaciones á su esclava, tan sorprendida por el suceso como su señora misma. Entónces llamó á su marido y le dijo: «Envia á buscar al pastor de tus cabras, y preguntale de dónde ha venido esta sortija.»

El pastor respondió á su señor: «Yo he recibido este anillo de un hombre que he hallado en la caverna de Djebban, y que me ha rogado que lo echara en la leche destinada á Esmá. Yo he hecho lo que me ha ordenado. Por lo demás, ignoro su nombre y su tribu, y cuando lo he dejado en la caverna, tenia cerca de sus labios su último suspiro.

¿Pero á quien pertenece este anillo? Preguntó el marido á su mujer.—A Murakkich, respondió Esmá, está muriéndose, corramos á recogerlo.»

El marido mandó preparar su caballo y ensillar otro para su esposa, á fin de que la vista de su amada

restituyera fuerzas y alegría al enfermo. Partieron ambos acompañados por esclavos que llevaban provisiones y una litera sobre un camello. Antes del anochecer ya estaban en la caverna. Murakkich espirante fué recogido y trasportado por ellos á Nadjran. Tratáronlo como á su hermano. Su ternura y su compasion no pudieron curar la herida que habian abierto en su corazon, el olvido de las promesas de su tío y el desengaño que recibió á su regreso. Pero gozó al ménos del supremo consuelo de morir en casa y á la vista de Esma.

XII

Tales eran las costumbres de los árabes en tiempo de Mahoma. Aunque ocupando un vasto territorio, no era grande su número. El desierto, la distancia á que se hallaban los manantiales, las rocas, la arena, la vida pastoral que devora el suelo, la existencia nómada que no fertiliza por donde pasa, la falta de cultivo, practicado solamente en las cercanías de las ciudades, que eran pocas y pequeñas, la poligamia que destruye al hombre, la esclavitud que diezma la

familia, la guerra que aniquila las generaciones, no permitian á aquellas gentes el multiplicarse como se multiplican los pueblos cultivadores, civilizados y sedentarios. En dos ó tres millones de hombres próximamente se calcula el número de esta nacion que iba á imponer su religion á una tercera parte del globo. El cristianismo que se difundia gradualmente, y que era entónces la religion del Imperio romano, tocaba en el sexto siglo de su existencia. La nómada Arabia, del mismo modo que la Arabia siria, estaba inundada de falsas poesías, que provenian como de rechazo de las profecías hebráicas. Vagos presentimientos hablaban á las tribus errantes de un Mesías, cuyo nacimiento debia trasformar la Arabia. Hasta se anunciaba que naceria de los Coraitas ó Coreischitas, dueños de la Meca y guardadores del templo de Abraham, la *Kaaba*.

XIII

La tribu de los árabes coraitas, sedentaria y nómada á la vez, numerosa y fuerte mandaba en la Meca y en algunas plazas pequeñas circunvecinas.

Era gobernada, como la generalidad de las tribus, por una especie de aristocracia republicana en la que, la herencia, la genealogía, el hábito y la riqueza daban y repartían el imperio á ciertas familias. Estas familias tenían además en la Meca, como signo de autoridad, una especie de pontificado nacional, que se ejercía en la época de la peregrinación al templo de la Kaaba, al pozo Zemzen y á los otros sitios reputados sagrados, objeto de las visitas de los peregrinos. Este sacerdocio era para ellos y para los habitantes de la Meca un manantial de riqueza y un título para la veneración de las otras tribus.

El año 500 de Jesucristo, Abdelmotaleb, abuelo de Mahoma, ejercía la mas elevada de estas funciones, la de repartidor de los víveres y huésped (1) de los peregrinos de la Meca.

Noble, guerrero, rico y poderoso, nada faltaba á su felicidad y á la perpetuidad de su influjo en la Meca mas que hijos, la bendición de los patriarcas. Hizo voto, si el cielo le concedía diez hijos varones

(1) El lector sabe que por uno de esos caprichos, tan comunes en las lenguas, la palabra *huésped* tiene un doble significado en nuestro idioma, y en el francés. Ella se aplica igualmente al que da hospitalidad como al que la recibe. Aquí se encuentra en el primer caso. Abdelmotaleb recibía á los que iban en peregrinación á la Meca. Nuestros autores clásicos, Cervantes, por ejemplo, se sirven de ella con frecuencia en ambos casos. (N. del T.)

para sostener su dignidad y sus derechos tradicionales á los pozos sagrados de la Meca, de sacrificar por su propia mano, como Abraham, á uno de sus hijos ante la Kaaba, al ídolo de la casa sagrada. Después de este voto tuvo doce hijos y seis hijas. Con dolor conoció que era preciso cumplir su promesa. Reunió sus diez hijos mayores, y les manifestó el juramento que había hecho. Los hijos se resignaron á la voluntad del ídolo y á la elección de su padre. Pero al padre le pareció demasiada crueldad el elegir él mismo una víctima entre hijos tan sumisos. Consultóse el cielo por medio del oráculo de las flechas que llevaban cada una de ellas escrito el nombre de uno de sus hijos. Tocóle la suerte de morir á Abdallah, al predilecto de su padre. Los coraitas, que amaban igualmente al joven Abdallah, se opusieron al sacrificio. Se consultó á una sibila ó pitonisa, y la obligación de sacrificar á Abdallah fué convertida en la obligación de sacrificar cien camellos al ídolo.

Después de haber rescatado así la sangre de su hijo con la sangre de cien camellos inmolados delante del templo de la Meca, Abdelmotaleb volvió á su casa, conduciendo por la mano á su hijo Abdallah, el mas hermoso y el mas querido del pueblo entre todos los de su estirpe. Viendo el pueblo salvado milagrosamente á Abdallah y restituido á su padre, no

dudó de que el cielo lo tenia predestinado á alguna cosa grande en el porvenir. Difundióse el rumor de que saldria de él el profeta de los árabes. Una jóven bella y noble, de la familia de Harrith, se sintió herida por el resplandor casi divino que iluminaba en aquel momento el rostro de Abdallah. Acercóse á él, é inclinándose á su oido le dijo : « ¡ Yo te daré tantos camellos como se han inmolado por tí, si consientes en elegirme esta noche por esposa ! » Ella aspiraba á ser la madre del grande hombre ó del semidios que esperaba la Arabia, pero Abdallah le respondió : « Yo debo en este momento seguir á mi padre. »

Abdelmotaleb llevó directamente á su hijo á casa de Wahb, uno de los jefes mas respetables de la Meca. Pidióle su hija Amina para esposa de Abdallah. La union consagrada por las fiestas de aquel dia de feliz augurio se verificó en aquella misma noche.

Al dia siguiente, Abdallah, saliendo de casa de Wahb, encontró en la plaza del templo á la mujer que habia deseado la víspera ser su esposa. Pero ella aparentó que lo miraba con indiferencia. Abdallah se le acercó y le dijo : « ¿ Deseas hoy lo que pedias ayer ? — No, dijo la jóven coraita, no te quiero ya ; la luz que brillaba ayer en tu semblante ha desaparecido. »

Mahoma habia sido concebido en el seno de Amina.

El esplendor habia pasado del rostro del esposo al de la esposa.

XIV

Abdallah, enviado por su padre, pocos meses despues de su matrimonio á Yathreb, ciudad lejana, para hacer en ella provision de dátiles, murió en el viage, á la edad de veinticinco años, y fué sepultado en el territorio de Nadjir, bajo las palmeras de uno de sus tios.

Su viuda Amina llevaba á Mahoma en su seno. Ella soñó que un torrente de luz salia de su seno y se derramaba como una aurora por la sobre haz de la tierra. Parió el 1º de setiembre del año 570 despues de Jesucristo. La costumbre de los árabes poderosos establecidos en las ciudades, era entónces lo que es á estas horas. Sus hijos los educaban entre las familias de los árabes errantes que vivian en sus tiendas. El objeto de esta especie de adopcion era doble. En primer lugar, el niño contraia así en la vida campestre y pastoral fortaleza de cuerpo y hábitos varoniles. En segundo lugar, el afecto que se engendraba entre el

niño y la familia nómada que lo había criado, daba á la familia poderosa, á la que debía su sangre, una clientela indisoluble en la familia rural que lo había visto crecer.

Su abuelo Abdelmotaleb ofreció al día siguiente del nacimiento de su nieto á los principales habitantes de la Meca un festin para el que fueron inmoldados muchos camellos. « ¿Cual será el nombre del niño, cuyo natalicio celebramos? preguntaron los árabes al fin del banquete. — ¡Mahoma! respondió el abuelo. Este nombre, inusitado sorprendió á los convidados. » « Ese nombre, dijo el anciano, significa el *glorificado*. ¡Se lo doy, porque espero que el recién nacido será glorificado por Dios en el cielo, y por los hombres en nuestra tierra! »

Las nodrizas del desierto, que venian por lo comun á disputarse á los que acababan de venir al mundo á las puertas de las familias poderosas, no se presentaron á la puerta de Amina, porque era viuda, y las viudas, generalmente pobres, no podian recompensar con tanta prodigalidad como los padres á las nodrizas de sus hijos. En fin Halima, una de esas mujeres del desierto que vendian la leche de sus pechos, no habiendo hallado otro niño á quien criar, fué á casa de Amina al anochecer y se llevó á la criatura. La credulidad de los árabes observó que desde el día en que

entró este niño en la tienda de Halima, la prosperidad y la fecundidad de la vida nómada entró á la par en ella. Rehusaba la nodriza el restituírsele á su madre, porque temia perder al dejarlo la bendicion de su tienda. Pocos años despues de haber sido destetado, algunos síntomas de la exaltacion mental, que caracterizó mas tarde al niño, confirmaron esa supersticion doméstica, que se adheria á su cuna, y que debia adherirse mas notablemente á su tumba. El hijo de la nodriza, que guardaba el rebaño con su hermano de leche, á cierta distancia de la tienda, acudió solo y llorando adonde se hallaba su madre. « ¿Qué ocurre? preguntó Halima. — Mi hermanito de la Meca, respondió el muchacho, está tendido en el suelo y no puede levantarse; él ha visto dos hombres vestidos de blanco que lo han derribado en tierra y que le han abierto el costado. » Halima y su marido acudieron al sitio en donde se hallaba todavía Mahoma. Halláronlo en pié, pero pálido y tembloroso. Él les refirió que dos espíritus celestes lo habian adormecido, y que sacándole el corazon del pecho, le habian lavado todas sus manchas. Estas abluciones corporales, símbolos de la pureza del alma, que el profeta prescribió mas tarde, fueron sin duda un recuerdo de este primer sueño del niño. La nodriza vió en él el presagio de algunas obsesiones en-

fermizas de su hijo de leche, y no queriendo que deshonrara sus cuidados muriendo bajo su tienda, lo llevó precipitadamente á su madre. « Tú temes que se halle poseido del espíritu maligno, dijo Amina á la nodriza, que le confesaba su inquietud, tranquilízate, el espíritu maligno no puede nada contra él; un gran destino está reservado á ese niño. » Seis años permaneció en la Meca. Su madre Amina murió en el mismo sitio en que habia muerto su padre, yendo como él á visitar á sus parientes de Yathreb. Ella dejó al huérfano por toda herencia veinte camellos y una sola esclava anciana, llamada Oumm. Los cuidados de la esclava Oumm, á quien Mahoma miró con respeto filial, aun despues de su engrandecimiento, reemplazaron los de su madre Amina. Su abuelo Abdelmotaleb, aun vivia, se lo llevó á su casa. Este anciano tenia la costumbre, como los árabes de alto nacimiento de la Meca, de pasar parte del dia sentado sobre un tapiz á la sombra de los muros de la Kaaba. Los niños que le habian nacido en su vejez jugaban al rededor suyo con el hijo de Amina. Este, objeto predilecto de su abuelo, se sentaba siempre en la alfombra en el lugar mas próximo al anciano. Cuando los espectadores se admiraban y querian por respeto apartar al niño: « dejadlos, decia Abdelmotaleb, él presiente su futura grandeza! » Abdelmotaleb murió

á los ochenta años. Mahoma tenia á la sazón nueve. Uno de los hijos, Abutaleb, tio de Mahoma, recogió al niño y lo educó como á un hijo suyo. Abutaleb habia heredado algunas funciones y parte de la autoridad de su padre en la Meca. Era hombre de corazón firme y de clara razón. Tenia un lugar preferente en los consejos de la ciudad, y conservaba sus riquezas comerciando con las ciudades de Siria. Los viajes que hacia de tiempo en tiempo, dirigiendo él mismo sus caravanas, cargadas con las producciones de la India y de la Arabia, para cambiarlas por las armas y las telas del Occidente, fueron la causa primera de la mision religiosa de su sobrino: un dia en que iba á partir para Damasco y para Alepo, con una escolta numerosa de sirvientes y muchos camellos, Mahoma, que no tenia mas que trece años de edad, aunque su fuerza y su razón fueran ya viriles, se arrojó vertiendo lágrimas á los piés de su tio, y le rogó que lo llevara en su compañía. Vencido Abutaleb por sus súplicas y por el amor que profesaba á su hijo adoptivo, obtemperó á los deseos del niño. La caravana atravesó felizmente el desierto y las fronteras de la Mesopotamia. Un dia acamparon bajo los muros de un monasterio cristiano, cuyo superior era un monje árabe llamado Bahira, convertido á la fé de Cristo por los árabes, y llamado Djerdjis (Jorge) por

los cristianos. La Siria estaba en aquel tiempo poblada de esos monasterios, especie de *oásis* en medio de la idolatría, y de *ciudadelas* en medio de los bárbaros.

XV

El monje Djerdjis, contemplando desde lo alto de los miradores de su monasterio el campamento de la caravana en el valle, observó la belleza de un muchacho sentado en el suelo, á quien parecia que defendian de los ardientes rayos del sol ligeras nubes flotantes, como si fueran parasoles en un cielo de fuego. Fuera natural atractivo hácia la bella infancia, fuera deseo de conversar de la patria con compatriotas, el monje mandó ofrecer en su nombre la hospitalidad á los jefes de la caravana. Subieron estos al convento, pero á causa de su edad, no se atrevieron á llevar consigo á Mahoma. Cuando se hubieron sentado ante la comida que les habian servido, Djerdjis reparó en la ausencia del niño y mandó que subiera. Alegaba Abustaleb por excusa su juventud: « Sí, sí, exclamó uno de los árabes de su cortejo, levantándose para ir á buscar al huérfano, el nieto de

Abdelmotaleb es digno, cualquiera que sea su edad, de participar de la honra que nos dispensas! »

El monje Djerdjis lo acogió con afabilidad. Su fé cristiana no habia borrado enteramente en él la credulidad nacional de su raza. Vió un *signo* debajo del cuello, entre los hombros de Mahoma, signo que consideran los árabes como símbolo de grandes destinos. Dirigió muchas preguntas al muchacho, y le sorprendió la fuerza y la exactitud de sus respuestas. La caravana se paró mucho tiempo bajo los muros de este convento hospitalario. El monje se aprovechó sin duda de sus largas conversaciones con el hijo de una ilustre estirpe, para sembrar en aquella tierna y fértil inteligencia los gérmenes de una fé espiritual y mas pura que las groseras supersticiones de la Mecá. Para madurarlos confió en el tiempo y en la inteligencia precoz del niño. Cuando Abustaleb se decidió á continuar su viaje, Djerdjis le dijo con un tono á la vez profético y paternal: « Vé, restituye, al concluir tu expedicion, á ese jóven á su patria; vela con solicitud por él, y sobre todo, presérvalo de los judios! Si llegaran ellos á descubrir en él ciertos indicios que yo mismo he descubierto, no dejarian de formar alguna conspiracion contra su vida; sabe únicamente que el porvenir reserva grandes cosas al hijo de tu hermano! »